El peligro de las armas nucleares para la destrucción de la Humanidad.

Con el estallido de unas pocas bombas nucleares de las actuales, se extinguirían las condiciones necesarias para la vida en nuestro planeta y ello marcaría la extinción de nuestra civilización en poco tiempo. El peligro es real, grande e inminente. Debemos actuar cuanto antes para evitarlo.

Así como el pueblo Hebreo elevó un clamor para ser liberado de la esclavitud de los egipcios, la actual Humanidad debe clamar para evitar el inicio de la Tercera Guerra Mundial y el uso de las armas nucleares, porque ello significaría la destrucción de las condiciones imprescindibles para la vida en el planeta, y con ello, de toda posibilidad de vida. Debemos unir voces y fuerzas para evitarlo. Solo Dios podría librarnos de tan grande desastre.

El mundo de hoy es mucho más interconectado e interdependiente que en 1945. Una Tercera Guerra Mundial involucraría a todos los países, y por consiguiente, a todos los habitantes de la Tierra. Los países que no estén directamente involucrados en los combates, se convertirían en suministradores de artículos o productos para la guerra, o de las materias primas para producirlos. Los gobiernos pondrían en primer orden la guerra y solo funcionarían las empresas que produzcan para la guerra, las demás cerrarían forzosamente, lo cual generaría en poco tiempo una profunda crisis económica global y sus consecuencias de desempleo, hambruna, enfermedades y calamidades de todo tipo, profundizando el drama humano. Las armas nucleares serían utilizadas para demostrar fuerza y poder, aun conociéndose sus nefastas consecuencias.

La mayor parte de las armas atómicas de la actualidad son 20 y 30 veces más potentes que las lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, algunas incluso superan más de mil veces la potencia de entonces. La bomba de Hiroshima causó una explosión equivalente a 15 kilotones (1 kilotón = 1.000 toneladas de dinamita), provocando al instante más de 100.000 muertes y un número similar de heridos. La destrucción casi total se extendió en un área de 10 km^2; el 60 por ciento de la ciudad quedó en ruinas (más de 50 mil edificaciones destruidas); los incendios debido al intenso calor se extendieron por tres días en un área de 7 km^2 desde el punto de la detonación.

La bomba de Nagasaki produjo una explosión equivalente a 21 kilotones, causando la muerte a más de 60.000 personas y un número mayor de heridos. En ambos casos, los heridos fallecieron en su mayoría en los siguientes seis meses, de modo que las víctimas mortales se duplicaron en ese tiempo. La destrucción se extendió a 7 km^2. El terreno montañoso de Nagasaki evitó un desastre mayor a pesar de

ser más potente la explosión. Casi 80 años después, siguen naciendo personas con afectaciones producto de la radiación nuclear en ambas ciudades, entre estas, diferentes tipos de cánceres, mutilaciones del cuerpo, abortos, y otras afectaciones a la salud, transmitidas de generación en generación.

Más de 13.000 armas nucleares existen hoy en el mundo. Rusia y EEUU tienen los mayores arsenales con cerca de 6.000 bombas cada uno, lo cual garantiza el criterio de *"mutua aniquilación"*. Inglaterra, Francia, China, India, Pakistán, Corea del Norte e Israel, completan la lista de países que poseen armas nucleares. La potencia instalada en estas armas varía desde 1 hasta más de 1.000 kilotones, las más difundidas tienen potencia entre 100 y 600 kilotones. Las más potentes que existen tienen entre 50.000 y 100.000 kilotones, las que podrían destruir completamente un país, o incluso, varios países juntos.

Tres factores causan la mayor cantidad de víctimas en este tipo de armas, extendiéndose sus efectos decenas de kilómetros a la redonda desde el lugar de la explosión y en correspondencia con el poder explosivo del artefacto: a) la onda expansiva: fuerte corriente de aire comprimido que se expande a la velocidad del sonido (1.235 km/h), destruyendo toda edificación por más fuerte que sea su construcción; b) el efecto térmico o calórico: cada explosión nuclear genera una temperatura de varios millones de grados Celsius, provocando intensos incendios que arrasan con todo durante varios días; c) y la radiación nuclear: que puede perdurar por miles de años en el medio circundante, provocando nefastos efectos en la salud de los seres vivos, su alcance puede extenderse miles de kilómetros desde el lugar de la explosión al ser arrastrada por el viento a través de las capas altas de la atmósfera.

Las armas nucleares se clasifican, según: a) su alcance en: corto (hasta 1.000 km) (conocidas como tácticas, al tener menos alcance y menos potencia, destinadas fundamentalmente contra las tropas en el frente de combate); medio (entre 1.000 y 5.500 km); y largo (más de 5.500 km), llamadas también estas últimas como estratégicas o intercontinentales; b) su forma de lanzamiento en: bombas de gravedad (sin propulsión propia, solo se dejan caer desde los aviones); obuses (disparadas desde barcos o vehículos terrestres); y misiles (artefactos con propulsión propia que pueden cargar hasta 8 bombas nucleares y pueden ser lanzados desde lanzaderas en tierra, aviones, barcos o submarinos); y c) la potencia destructiva: que puede variar si el artefacto lleva una o varias bombas (llamadas también cabezas u ojivas nucleares) y la potencia de cada una de estas.

La tecnología para este armamento se ha perfeccionado mucho desde 1945, por lo que una bomba de 20 kilotones de hoy, es mucho más destructiva. La bomba de Hiroshima elevó la temperatura a 4.000 grados Celsius en un área de 4 kilómetros alrededor del lugar de la explosión; las bombas actuales pueden aumentar la temperatura varios millones de grados en áreas más extensas. Para tener una idea sobre la destrucción que causarían estas bombas, bastaría considerar las equivalencias: una bomba de 100 kilotones provocaría más de 5 veces el daño causado por las bombas de Hiroshima o Nagasaki. Los desastres causados por las primeras bombas nucleares, pueden multiplicarse por 20, 30 o más de 50, considerando las potencias y tecnologías de las bombas actuales.

Por lo menos desde la década de 1960, esta Humanidad ha invertido anualmente entre 50 y 80 mil millones de dólares en investigación, desarrollo, mantenimiento y modernización de las armas nucleares, una millonada cada año para solo asegurar la total destrucción de la propia Humanidad y las condiciones necesarias para la vida, un despropósito total, cuando tantas personas no tienen asegurado el pan de cada día y existen tantos otros graves problemas por solucionar en este mundo.

Más de 20 accidentes de envergadura han trascendido a la opinión pública desde 1952 en el manejo de la energía nuclear (otros muchos quedaron silenciados); y en más de 20 ocasiones el mundo ha estado muy cerca de iniciar una guerra con el uso de las armas nucleares, varias de estas incluso de manera accidental, pero no hemos aprendido de tantas lecciones y seguimos derrochando dinero, tiempo y recursos de todo tipo para desarrollarlas, un total sinsentido.

No habría vencedores en una contienda nuclear, quienes poseen estas armas lo saben, de modo que no tendría sentido utilizarlas. Si bien, tras inmensos esfuerzos se han logrado reducir de alrededor de 70.000 bombas nucleares que existían en el mundo en 1986 a las 13.000 actuales, estas han mejorado mucho en tecnología y eficacia, siendo mucho más potentes y precisas, y por tanto, causando mucho mayor daño.

Para este 2022, lo más avanzado en este tipo de armamentos radica en los misiles hipersónicos, capaces de volar a velocidades entre 6.000 y 30.000 km/h, impactando un blanco en cualquier punto del globo terráqueo en menos de 10 minutos, dejando sin efecto las defensas de los escudos antimisiles. Cada uno de estos misiles pueden transportar hasta ocho bombas nucleares, las que pueden dispararse independientemente una de otra en cualquier momento durante el vuelo del misil e impactar en ocho objetivos diferentes. Un misil de este tipo puede destruir completamente ocho ciudades, incluso de países diferentes, en menos de diez minutos.

Un submarino nuclear estadounidense SSBN de la clase Ohio, puede transportar hasta 20 misiles balísticos submarinos Trident II, cada uno de los cuales lleva normalmente ocho bombas nucleares independientes W88, de una potencia individual de 475 Kilotones cada una. Es decir, un solo submarino puede llevar 160 bombas nucleares, con una potencia cada una de 30 veces superior a la que estalló sobre Hiroshima. Cada una de estas bombas puede aniquilar completamente una ciudad con población entre 1 y 5 millones de personas, todos sus habitantes perecerían pocos minutos después de la explosión, o en los subsiguientes meses a causa de las secuelas y heridas. En la actualidad EEUU tiene 12 submarinos de este tipo en servicio. Rusia tiene una cantidad similar de estas armas y de estos submarinos.

Un misil de este tipo podría ser disparado desde un submarino en el Océano Atlántico o el Pacífico hacia Suramérica y dejar caer sus bombas sobre Brasilia, Sao Pablo, Río de Janeiro, Montevideo, Asunción, Buenos Aires, Córdoba y Rosario. Otro misil similar podría dispararse dejando caer sus bombas sobre Caracas, Bogotá, Medellín, Quito, Guayaquil, Lima, La Paz y Santiago de Chile. En menos de diez minutos todas las capitales y principales ciudades suramericanas podrían quedar destruidas. Lo mismo puede suceder sobre Centroamérica, Europa o cualquier otra región. Hiroshima y Nagasaki eran ciudades

indefensas, hasta hoy militares y políticos norteamericanos siguen considerando que fue correcto el uso de las bombas atómicas para forzar la rendición de Japón; y no dudarían en volver a utilizarlas contra población civil aludiendo cualquier excusa.

Cien ciudades en el mundo cuentan con población que supera los 5 millones de habitantes, son candidatas a recibir bombas entre 500 y más de mil kilotones, armas en poder de EEUU, Rusia y China. Sería simple para los señores de la guerra elegir una bomba de determinada capacidad para cada ciudad con 5, 10, 20 o 30 millones de habitantes, las que serían arrasadas instantes después de la explosión, muertos todos sus habitantes y quedaría inhóspito para la vida el lugar durante cientos de años. Así de fácil, frío, dramático y terrible. En la Segunda Guerra Mundial perecieron alrededor de 40 millones de personas; las 25 ciudades más pobladas del mundo actual tienen cada una entre 17 y 40 millones de habitantes (en conjunto sumarían alrededor de 540 millones), muchas de estas son capitales de países y podrían recibir las primeras bombas.

Bastaría el estallido de 50 bombas de las actuales para que la contaminación por radiación nuclear se propagara por todo el mundo. Por más lejos que estallen las bombas del lugar donde vivamos, llegaría a nosotros la radiación nuclear, llegaría a todo el planeta, afectando a todos los seres vivos: plantas, animales, humanos; el aire, el agua, los suelos, todo quedaría contaminado. De ahí en adelante, quienes sobrevivan, respirarían aire contaminado, todo lo producido por el suelo estaría contaminado, todos los alimentos y las aguas. Al consumir agua y alimentos contaminados por radiación nuclear, se incrementaría la radiación en nuestros cuerpos y estaríamos condenados a una muerte segura, lenta y angustiosa, en pocos años. Plantas y animales correrían idéntica suerte. Quedaría condenada la vida en el planeta, habríamos creado las condiciones para su total extinción por contaminación radiactiva. En pocos años quedaríamos como la Luna y Marte: solo rocas y polvo.

Pero no serían necesarias 50 bombas, con mucho menos garantizaríamos el colapso total de la Humanidad. Bastaría el estallido de unas pocas, que en conjunto sumen una potencia entre 750 y mil kilotones, para generar el **“Invierno Nuclear”**, término acuñado tras las investigaciones de Carl Sagan junto a otros científicos, en 1983, para definir los efectos en el clima de un enfrentamiento nuclear, estudios corroborados y actualizados hasta el día de hoy. Cada explosión nuclear, y los incendios posteriores, generan gran cantidad de humo, polvo y hollín que se eleva a la atmósfera entre 15 y 50 km, donde permanecen por varios años, bloqueando la entrada de la luz solar, lo cual reduciría la temperatura en todo el planeta entre 10 y 25 grados y provocaría la muerte de todas las plantas, base de la cadena alimenticia, al no poder realizar la fotosíntesis y con ello, todos, humanos y animales, quedaríamos sin alimento. La Tierra quedaría en polvo y rocas, con frías temperaturas. Si solo estallaran entre 4 y 7 bombas de las actuales, podría generarse el “**Invierno Nuclear**”.

Ello significaría el total fracaso para nuestra Humanidad, que dice de sí misma, ser próspera y civilizada, mientras ha creado las condiciones para su total aniquilación más de una vez y está al borde de ello a partir de la guerra en Ucrania, y de otros conflictos en Asia y el Medio Oriente.

Debemos actuar desde ahora mismo para impedirlo. Debemos alzar nuestra mirada, reconocer ante Dios nuestros errores como Humanidad, pedir perdón por llegar a este punto; rogar que no haya una Tercera Guerra Mundial; que no se utilicen las armas nucleares ni otras armas de destrucción masiva; que sean desmanteladas todas las armas nucleares y todos los ejércitos del mundo; que se ponga fin a la guerra y a todos los conflictos armados; que podamos vivir en paz y armonía, sin conflictos ni agresiones. Ninguna guerra tiene sentido, no ayudan en nada a la Humanidad, no contribuyen al avance ni prosperidad de nuestra civilización, sólo sirven a los poderosos que pretenden más poder a costa del sufrimiento universal.

Debemos orar todos, sin importar país, doctrina religiosa o política, sin importar equipo de fútbol, comida o música favorita, y convertir esta oración en un clamor, como 3.000 años atrás lo hizo el pueblo Hebreo para salir de la esclavitud, y tendremos entonces una nueva oportunidad para vivir en verdadera paz y armonía en este bello planeta, como verdaderos hermanos. Esta puede ser nuestra única salvación. Los seres humanos, tras ambiciones de fuerza y poder, no darán su brazo a torcer y empujarán hasta destruirlo todo. Solo Dios y sus Ángeles podrán salvarnos.

Nos encontramos frente a una gran encrucijada existencial: o lo hacemos y evitamos el desastre, o pereceremos todos por no hacerlo. Ya no importa si somos chinos, rusos, norteamericanos, europeos o suramericanos, esta es una causa global que ha puesto en juego nuestra propia vida, nuestra propia existencia como individuos y como civilización, nos asiste a todos por igual. Debemos ser conscientes de ello y actuar en consecuencia. El peligro es real, grande e inminente. Si tan solo una bomba nuclear estalla, una sola, ya nada lo detendría, otra vendría en respuesta, y otra, y otra, y otra…, y habremos fracasado como Humanidad. Solo Dios puede librarnos de esto, solo Dios. Aún estamos a tiempo y podemos lograrlo, solo depende de nosotros, solo debemos orar.

Otros problema globales amenazan nuestra existencia como Humanidad, menos urgentes en este momento, como los experimentos en el acelerador de partículas en busca de la “partícula de Dios” que pueden terminar por hacer desaparecer el planeta entero; o los proyectos HAARP, modernas armas de los “poderosos” con capacidad para modificar el clima en cualquier punto de la Tierra, agregando más dramatismo al convulso Cambio Climático (y como si no fuera suficiente con este); o el acercamiento del planeta Hercólubus; o la enorme grieta en fondo del océano Pacífico de más de 50.000 km de largo y 5 km de profundidad, cual herida mortal, provocada por más de 2 mil ensayos nucleares subterráneos y submarinos, pero de todo ello podemos ocuparnos en otro momento: hoy es imperioso y urgente evitar la Tercera Guerra Mundial y el uso de las armas nucleares. Es imperioso evitar la destrucción total de nuestro planeta y nuestra civilización, y para ello debemos orar, solo debemos orar, es necesario, urgente e imperioso. Oremos hermanos, oremos todos, solo Dios puede salvarnos.